

# LA PEDRIZA DEL MANZANARES

## I

### DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICO-GEOLÓGICA

por

FRANCISCO HERNÁNDEZ-PACHECO

Profesor auxiliar de Geografía física en la Facultad de Ciencias  
de la Universidad Central.

**DIVISIONES PRINCIPALES DEL GUADARRAMA Y LOCALIZACIÓN DE LOS SITIOS NATURALES DE INTERÉS NACIONAL.**—Puede decirse que el Guadarrama consta de tres zonas o secciones claramente separadas topográficamente, y que, en realidad, vienen a reunirse en el nudo formado por las Guarramas (2.262 metros), siendo esta elevada loma la zona central del antiguo macizo castellano.

A partir de las Guarramas, y hacia el oeste, quedan las regiones occidentales integradas por la montaña de Siete Picos (2.183 m.), comprendida entre el puerto de Navacerrada (1.860 m.) y el de la Fuenfría (1.795 m.), donde nuevamente se bifurca la cordillera, para dar lugar hacia el noroeste al macizo de la sierra de la Mujer Muerta (2.193 m.), cuyas laderas del noreste forman en parte el Pinar de la Acebeda, sitio natural de interés nacional típico del bosque característico de estas regiones montañosas de las Castillas. Hacia el suroeste, y a partir del antes citado puerto de la Fuenfría, se inicia el macizo coronado por Peña Aguila (2.009 m.), y en su natural prolongación, constituida por la alargada y no elevada divisoria que se dirige hacia el puerto de Guadarrama o del León (1.511 m.), se encuentra la Peña del Arcipreste de Hita, monumento natural de interés nacional. Estas lomas, prolon-

gándose aún más hacia occidente, dan origen a los cerros y cumbres que por el norte rodean a El Escorial.

A partir de las Guarramas, y hacia el este, se inicia la elevada y larga loma coronada por las Cabezas de Hierro (2.383 metros), que con gran uniformidad y con altitudes muy semejantes, y siempre cercanas a los 2.000 metros, continúa hacia oriente, dando origen a la Cuerda Larga, la cual puede decirse termina en el pico de La Najarra (2.106 m.), al sur y próximo al puerto de La Morcuera (1.780 m.), donde, en realidad, las altas zonas del Guadarrama terminan, para dar lugar a los cerros y cumbres que quedan hacia el norte y cercanos a Miraflores, Navalafuente, Bustarviejo y La Cabrera.

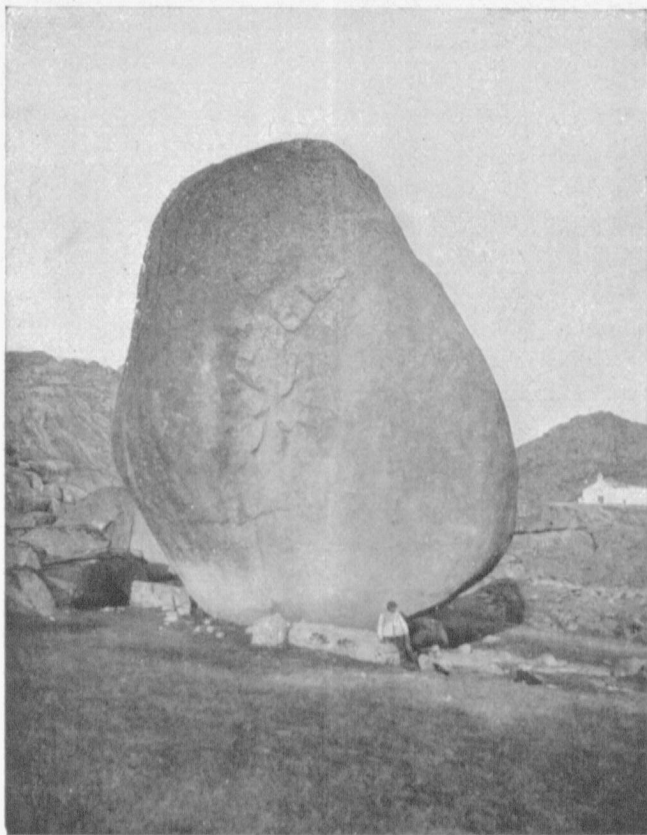
Por delante de las Cabezas de Hierro y de la Cuerda Larga se destaca el macizo de la Pedriz del Manzanares, verdadero y principal contrafuerte meridional del Guadarrama Anterior y elegido sitio natural de interés nacional, representativo del paisaje de roquedo, en el macizo central de España.

Hacia el noreste de las Guarramas queda el puerto de Los Cotos o de El Paular (1.830 m.), lugar donde se inicia el Guadarrama Posterior, coronado por el macizo de Peñalara (2.450 m.), el principal y más elevado del sistema y elegido sitio natural de interés nacional, para representar las zonas de altas cumbres en esta cordillera. Hacia el noreste, la alta divisoria continúa uniforme y elevada casi siempre por encima de los 2.000 metros, la cual, rebajándose algo, termina finalmente en el puerto de La Somosierra (1.329 m.), lugar donde en realidad concluye el Guadarrama.

La alineación que desde las Guarramas se dirige hacia El Escorial y la citada en el párrafo anterior, que da origen al Guadarrama Posterior, forman la divisoria entre el Duero y el Tajo, quedando entre las dos alineaciones principales del Guadarrama, a partir del puerto de Los Cotos, hacia el este, el espléndido, ameno y rico valle de El Paular, el más importante del sistema.

LOCALIZACIÓN Y CARACTERÍSTICAS DE LA PEDRIZA DEL MAN-

ZANARES.—Como se ha indicado, al sur del macizo de las Cabezas de Hierro y de la Cuerda Larga queda la Pedriza del



*(Fot. A. Victory.)*

Canto del Bolo, inmediato a la ermita de Peña Sacra, en la entrada de la Pedriza.

Manzanares, dando origen al principal contrafuerte de esta zona del Guadarrama. Este áspero y peñascoso territorio se distingue claramente desde Madrid en los días claros y trans-

parentes, pudiendo apreciarse la típica rugosidad y la coloración rosada de sus masas pétreas, las cuales aparecen perfectamente libres de vegetación, desnudez que caracteriza a este pequeño macizo granítico. Dentro de tal territorio, la zona que da lugar al paraje correspondiente al sitio natural de interés nacional, comprende el espacio que cierra el circuito que se describe en la copia de la Real orden insertada al principio de esta guía.

En realidad, la Pedriza aparece formada por dos macizos claramente limitados: la Pedriza Anterior, coronada por la Peña del Yelmo o Diezmo (1.714 m.), y la Pedriza Posterior, constituida por las escarpadas y quebradas laderas de las Milaneras y del Pinganillo, aguda crestería que se eleva a los 1.986 metros, en el pico más elevado de la citada arista.

Ambas Pedrizas quedan netamente separadas por el amplio collado de la Dehesilla, de 1.451 metros, en el cual se inicia el arroyo de la Corbetera hacia el este, para pronto verter en el de Santillana, que va a desembocar directamente en el embalse de este nombre. Hacia occidente del collado corre el arroyo de la Dehesilla, el cual pronto se une con el de Poyos, que desciende de la Pedriza Posterior, los cuales, al juntarse, dan origen al arroyo de la Majadilla, que corre hacia el sur, desembocando en el Manzanares poco antes de iniciarse el estrecho o garganta de la Camorza, límite por esta zona del sitio natural de interés nacional.

Los límites meridionales de la Pedriza Anterior son, en realidad, imprecisos, pudiendo decirse que terminan allí donde el llano, más o menos quebrado, se inicia, siendo lo característico del macizo meridional de la Pedriza el constituir una amplia y escarpada loma perfectamente individualizada.

La Pedriza Posterior nos presenta límites claros, siendo éstos, por el norte y occidente, las vallonadas y barrancos que, iniciándose en el collado de Matasanos (1.961 m.), dan origen al arroyo de los Gavilanes, primero; al de los Hoyos de la Sierra, después, y siendo, finalmente, por esta zona, el

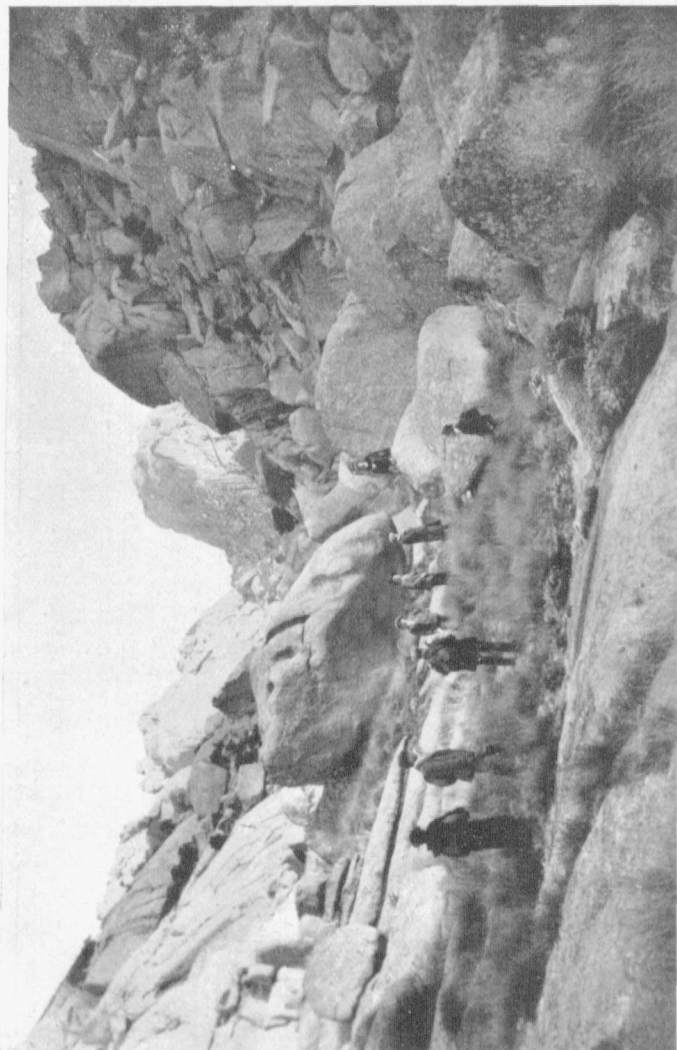




Zona central de la Pedriza del Manzanares.

(Fot. F. Hernández-Pacheco.)

Manzanares el que limita a la Pedriz hasta su unión con el



(Fot. E. H.-P.)  
Las Hoces Cimeras y, al fondo, la Peña del Yelmo, en la Pedriz del Manzanares.

arroyo de la Majadilla, anteriormente citado. Por el norte, y hacia oriente, los límites puede decirse que están formados,

primero, por el arroyo de Matasanos, que se forma en el collado de este nombre, tributario del arroyo del Mediano, el cual, al separarse de los escarpes de la Pedriza hacia la cota de 1.080 metros, deja de limitarla, para ser sustituido por el arroyo de Santillana anteriormente citado y que corre más cercano de los pedregosos lugares.

Se ve, pues, que si bien la Pedriza Anterior entra por completo en los límites del sitio natural, la Posterior, en parte, queda fuera del perímetro, pues en él sólo se han querido incluir las zonas más escarpadas y típicas, siendo el carácter de la Pedriza Posterior el aparecer formada por una continua y aguda crestería que limita el terreno a manera de un gran anfiteatro.

Por lo indicado, se ve que las dos zonas comprendidas por las dos Pedrizas se complementan perfectamente: una, la Anterior, da frente a las amplias llanuras que se extienden al pie del Guadarrama, estando formado su macizo por un conjunto de lomas y barrancos, en los que predominan las amplias formas redondeadas, cuyo resumen o síntesis está dado por la gran cúpula del Yelmo. La Pedriza Posterior, al contrario, queda al abrigo de las elevadas lomas de la Cuerda Larga, siendo sus vertientes ásperas y escarpadas, y cuyos puntos más elevados aparecen coronados por agudas agujas o cortantes crestas graníticas, como las formadas por las Milaneras y los riscos del Pinganillo.

Entre ambas Pedrizas, junto al arroyo de la Majadilla, a la vista de amenas y llanas praderías, existe el albergue Giner, aproximadamente a los 1.320 metros de altitud, el cual facilita las excursiones y permite la estancia en estos espléndidos parajes.

A pesar de la grandiosidad que este conjunto rocoso presenta, sus verdaderas dimensiones no pueden apreciarse sino después de haberle recorrido, de haber salvado la verdadera entrada a estos dantescos lugares, la garganta Camorza, por la cual, transparente y espumoso, se despeña rápido el Manza-

nares, entre peñones y canchales, luego de haber corrido y pasado por hoces, corredores y angosturas.

Cuando se intenta ascender hacia las zonas altas, siguiendo en apariencia el camino más corto, los accidentes, vallonadas y paredones, cada vez más profundos y escarpados, se interponen al visitante, unos tras otros, tan numerosos e inesperados, que parece se forman a su paso para impedir que llegue al punto deseado. Cuando, fatigado, arriba al pie del Yelmo, quédase suspenso al contemplar de cerca la enorme y lisa superficie de la colosal cúpula, la cual se eleva a 80 metros sobre su cabeza. Desde su cumbre, la cual es necesario escalar *filtrándose* a través de estrechos corredores y angostas grietas, se contempla el conjunto de las Pedrizas, pudiéndose apreciar las dimensiones del macizo al compararle con la insignificancia de lo que allá abajo queda: los pueblos, los riachuelos y las carreteras, que, como pequeñas cintas claras, se pierden a lo lejos, en el llano.

Cualquier detalle, el peñón que se destaca al frente, al otro lado del barranco, o aquel agudo remate que corona el caótico montón de bloques que a lo lejos se distingue, al aproximarse crecen más y más, en proporciones insospechadas, y, ya a su lado, el visitante no es sino una pequeña mota que a otro observador pasa casi inadvertida.

CONSTITUCIÓN GEOLÓGICA DE LA PEDRIZA.—La Pedriza es, sin duda alguna, uno de los paisajes más típicos, formado casi exclusivamente por el roquedo; por lo tanto, su nombre no puede estar mejor empleado.

Es el granito, la piedra berroqueña, la casi exclusivamente representada en el macizo; por lo tanto, conviene que hagamos de ella una somera descripción.

Dicha roca entra en el grupo de las denominadas plutónicas, del dios Plutón, que en la antigüedad se creía habitaba bajo la corteza terrestre, en el interior de la tierra, lugares donde lentamente se han formado las grandes masas graníticas.

Aparece la roca constituida por tres minerales principales: el cuarzo, de color blanco traslucido, de brillo vítreo y de gran dureza; el feldespato ortosa, de color blanco opaco o ligeramente rosado y de brillo oleáceo, y por las micas blanca y negra, siendo esta última la más abundante. Las dos se presentan dando lugar a pajitas, escamas o placas de intenso brillo nacarado, siendo este mineral el más blando de los tres, y del cual, cuando se presenta en láminas grandes, pueden desprenderse, bien con la uña o con la navaja, hojuelas de gran finura y transparencia.

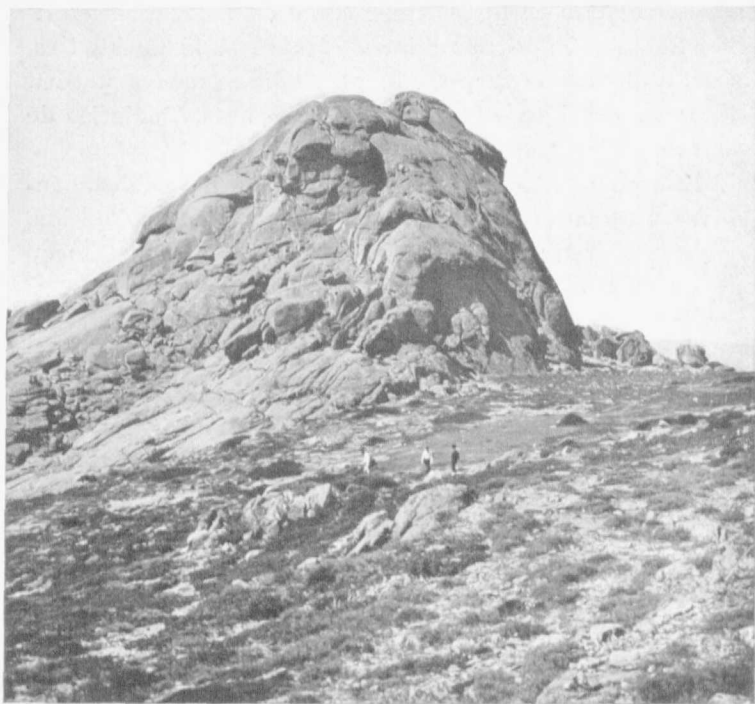
Los tres minerales se presentan íntimamente unidos, dando lugar a una roca dura, compacta y granuda, de coloración, en general, grisácea clara, pudiendo a veces ofrecer acentuado tono rosado, debido al color del feldespato.

Es frecuente que las masas graníticas aparezcan muchas veces inyectadas de otras rocas, las cuales dan lugar a pequeñas venas, diques o masas más o menos ramificadas, destacándose tanto por su distinto color como por su diferente consistencia, lo que puede dar origen a filoncillos muy frecuentemente rectilíneos que resaltan por su dureza en las superficies alisadas de los grandes canchos y peñones.

Los filoncillos de cuarzo, de pórfidos negros, de diabasas y de microgranitos, son las rocas más frecuentemente inyectadas en la gran masa granítica que constituye la Pedriza.

Un carácter peculiar de las rocas de este tipo, y en particular del granito, es la de presentarse hendidas o agrietadas en determinadas direcciones, que, en un principio, cuando la roca nos presenta frentes o paredones donde aún la erosión no ha actuado con intensidad, destacan poco, y aun en ocasiones pueden pasar dichas grietas casi inadvertidas; pero en el largo transcurso del tiempo, al actuar sobre ellas los factores de la intemperie: la lluvia, la helada, los cambios de temperatura, etc., se ensanchan más y más y llegan a adquirir gran desarrollo, dividiendo y fragmentando a la masa rocosa en bloques diversos, pues las diaclasas están dispuestas en tres pla-

nos que aproximadamente se cortan en ángulo recto, originándose por esto, al alterarse la roca, grandes bloques, que en un principio pueden tener figuras más o menos paralelepípedicas, pero que no tardan, geológicamente hablando, en



*(Fot. E. H.-P.)*

La peña del Yelmo, en la Pedrizo del Manzanares.

redondearse y tomar las formas más variadas y caprichosas, quedando reducidas, por destrucción de las piedras más deleznable y por el desplome de otras, a grupos de rocas con las más variadas y asombrosas posiciones de equilibrio, dando origen a conjuntos caóticos del más fantástico aspecto.

En las zonas más bajas, la alteración de la roca es más

gradual y uniforme, predominando, por lo tanto, las formas redondeadas; por el contrario, en las zonas más elevadas la erosión de la roca es más brutal, efectuándose dicha acción mucho más intensa e irregularmente; de aquí el que resulten for-



(Fot. J. Tinoco.)

Jaras en flor, en la Pedriza del Manzanares.

mas más agudas y atrevidas. Las dos Pedrizas, en sus diferentes conjuntos, nos muestran magníficos ejemplos.

En estos roquedales, los claros oscuros de la luz del sol o los, aún más acentuados, producidos por la iluminación de las noches de luna, la fantasía, al suplir lo que falta, nos hace ver en los perfiles de las peñas las más variadas y fantásticas

formas. Junto a la silueta de un colosal caracol se destaca la figura arrogante de un aguilucho; frente al perfil de un encauchado fraile, ríe a todo reír la grotesca cara de un gnomo o nos sobrecoge de temor la horrible mueca de un espantable monstruo.

En otros casos, nos sorprende cómo masas gigantescas, en forma de dados o mazas, pueden sostenerse sobre bloques cien veces más pequeños, pareciéndonos que el más leve empujón los precipitará al abismo, o cómo no ruedan por las escarpadas laderas, al menor soplo del viento, los peñones voladizos que avanzan atrevidamente sobre las altas cornisas.

A veces, el amontonamiento de bloques desprendidos de las laderas, al acumularse en el fondo de los valles y barrancos, parece nos han de impedir el paso; pero esto, por lo regular, sólo es aparente, pues entre los peñones suelen quedar resquicios o grietas por donde, arrastrándose, puede seguirse adelante. Una vez entre los bloques, al contemplar sus dimensiones y su paradójico equilibrio, nos atemorizamos, sintiendo la angustia de su peso y el temor de morir aplastados bajo aquellas colosales moles graníticas como la más insignificante sabandija.

Nótase en la Pedrizas que, además de las grietas descritas o diaclasas, existen otras, infinitamente mayores, que corren paralelas entre sí de este a oeste, y, por lo tanto, en la dirección del Guadarrama. Estas grietas no son sino colosales roturas o fallas, a las cuales, en parte, es debido el gran encajamiento de las angostas hoces y de los valles principales, fallas que hacen que las Pedrizas formen, al contemplarlas en conjunto, una colosal gradería que desciende desde las altas cumbres de la Pedrizas Posterior a los llanos que por delante de la Pedrizas Anterior se extienden. La depresión que separa los dos macizos, las Hoces Cimeras, y la alternancia de pequeñas praderas y altos escarpes que se encuentran al descender desde el Yelmo hacia Manzanares el Real, son los ejemplos más claros del agrietamiento o desmembración del rocoso macizo de las Pedrizas.



Conviene indicar que, así como al Guadarrama se le considera como a una montaña vieja, si bien rejuvenecida en varias ocasiones debido a fenómenos tectónicos, este macizo de la Pedriz es quizá la zona más joven de la antigua cordillera, pues en realidad las masas graníticas que le constituyen, debieron de surgir hacia las zonas superficiales de la corteza terrestre, debido a intensos fenómenos de plegamiento durante la primera mitad de la época terciaria; es decir, en época geológica relativamente moderna en comparación con los alejados tiempos del fin del Paleozoico, que fué cuando comenzó a iniciarse el Guadarrama.

Fenómenos posteriores de intensa erosión, acentuados por fenómenos de hundimiento y fracturamiento acaecidos en el macizo central al final del Terciario, hicieron que desaparecieran los mantos sedimentarios que cubrían en parte las rocas graníticas y que con el tiempo se presentase la masa pétreo al descubierto y con el aspecto que hoy día la contemplamos.

**CARACTERÍSTICA DE LA VEGETACIÓN.**—Como se ha indicado, la vegetación tiene en el paisaje de la Pedriz un papel muy secundario; no obstante, merece ser tenida en cuenta.

En las zonas más bajas existen aún restos de encinar, pero formado por arbolado de escaso porte, el cual da lugar al chaparral, entre el que puede destacarse algún que otro enebro, pero siendo éstos, en realidad, muy escasos. Este arbolado, con las manchas oscuras de su follaje, destaca rudamente en los pelados peñascales.

En estas zonas es frecuente se desarrolle el jaral, siempre claro; lo mismo acontece en los valles no muy elevados, plantas que en los lugares donde el arbolado de encinas y enebros ha desaparecido, al florecer se encargan solas de alegrar con el moteado blanco de sus flores la rudeza del paisaje granítico. Estas matas predominan en los sitios no muy húmedos, y en particular en las laderas más soleadas.

Con el matorral de jaras suele convivir el cantueso, el cual, durante el largo período de floración, cubre irregularmente

de intensos manchones morados las laderas de los valles y los pequeños rellanos que entre el peñascal existen.



(Aquarela de Emilio Guinea.)

Flores típicas de la Pedrisa del Manzanares: peonia (*Paeonia broteri*); digital (*Digitalis purpurea*); cantueso (*Lavandula pedunculata*).

Aislados y escasos, destacan de vez en cuando los ramilletes de encendidas peonias, cuya fuerte nota de color nos sorprende agradablemente. Más humildes y numerosas crecen las digitales, las cuales brotan al pie de los peñones, tanto en

*(Fot. J. Finco.)*

Formas de erosión en el granito de la Pedriz del Manzanares.

las zonas bajas como en las altas, y cuyas flores, de manchas rosadas, llaman la atención por su forma de dedo de guante.

En las zonas más elevadas, son las retamas las que al final del verano se cargan con la apretada y espléndida masa amarillenta de sus flores, las cuales embalsaman el ambiente con agradable y suave aroma.

Cubriendo el suelo, y ya en las zonas altas de la Pedrisa, se entremezclan, en complicada maraña de ramas y retorcidos tallos, los enebros, que con la altitud se han convertido en plantas rastreras, y las guayabas o bujarollas, haciendo la marcha molesta y lenta.

El arbolado en la Pedrisa puede decirse que no existe. Tan sólo en las zonas no muy elevadas de la Pedrisa Posterior, algún pino solitario se conserva aún, destacando entre los canchales y peñones. Su tronco y ramas, maltratadas por el viento, al crecer toman formas extrañas, y aun a veces fantásticas, las cuales contrastan con la esbeltez y arrogancia de los que crecen en los extensos pinares de Valsaín y de la Acebeda.

En las zonas más elevadas, y ya cercanas a las agudas cresterías cimeras, nos sorprende la presencia de secos y mutilados troncos de descortezados pinos, cuya lisa y blanquizca superficie suele mostrar la larga cicatriz que en ella dejó el rayo. Sus retorcidas y desnudas ramas y su aislamiento, indican la gran dificultad que esta especie encuentra para desarrollarse en las altas zonas, próximas ya al límite del arbolado.

En las praderías, siempre circundadas por escarpadas laderas o laberínticos canchales, son los narcisos, los lirios o las alegres margaritas los encargados de dar la delicada nota de color, salpicando la verde y mullida superficie.

En las zonas más húmedas y en las vallonadas umbrosas, los helechares son los que, con su verde intenso o sus tonos rojo-amarillentos, contrastan con el uniforme color de la roca.

Se ve, pues, que, aunque con escaso predominio, la vegetación es la encargada, en este áspero paisaje, de dar unas veces el tono dulce y plácido, que tan fuerte contraste ofrece con las pesadas masas rocosas. En otros casos, contribuye a acrecentar la rudeza de estos lugares, de gigantescos y agudos perfiles o de macizas y redondeadas formas.